

ACTIVIDADES ACADEMICAS

Discurso pronunciado por el Dr. Clemente Robles, expresidente de la Academia Nacional de Medicina, en la sesión solemne del día 3 de junio de 1964, con motivo de la recepción de nuevos académicos

Sr. Secretario de Salubridad y Asistencia,
Honorables miembros del Presídium,
Señores Académicos:

Ha sido una costumbre establecida el que en la sesión en que se recibe a los nuevos académicos, además de la bienvenida oficial a cargo del Sr. Presidente, se les dirija algunas palabras por alguno de los ex-presidentes, abordando algún tema de carácter general relacionado con su reciente ingreso. Por una deferencia, que mucho agradezco, nuestra Mesa Directiva me ha conferido esta distinción.

El tema que he elegido para esta ocasión podría titularse: *"Qué espera la Academia de ustedes, señores académicos de nuevo ingreso."*

Es bien sabido que dentro de las diversas agrupaciones médicas, la Academia ocupa un destacado sitio de honor, pues es fundamentalmente una Sociedad Científica de la más alta categoría que promueve, por todos los medios a su alcance, el adelanto y el progreso de la medicina realizando, además, cuando el poder público lo solicita, la elevada función de organismo consultor del Gobierno Nacional. Para realizar estas altas miras nuestro Colegio se halla investido de algo que podría llamarse "espíritu académico".

Lo que nosotros esperamos de ustedes es que hagan honor al espíritu que anima a esta Corporación.

Conviene, pues, analizar en qué consiste la esencia o espíritu de nuestra postura académica.

Lo que la Academia Nacional de Medicina persigue sin cortapisas, con firmeza que no acepta claudicaciones y de manera perfectamente definida es acercarse a la verdad.

A este respecto haremos notar que hay diversas clases de verdad. Desde luego cabe señalar que la verdad absoluta, la que preside la esencia de todas las cosas, se nos sigue escapando, y filosóficamente se acepta que lo más que se puede es acercarse a ella sin jamás lograr aprisionarla; es por eso que en el terreno de la ciencia la verdad es efímera, que a menudo cambia, que representa una meta siempre transitoria, pero que para llegar a ella es necesario llenar todos los requisitos que exige el método científico, es decir, que el antecedente y el proceso del estudio sean lógicos, basados en la observación y la experimentación, sin secretos, y que los resultados sean sometidos a la prueba de fuego de la crítica de los demás.

Cuando estos requisitos se llenan y se demuestra que lo aceptado hasta hoy no es verdad, entonces la meta se cambia, se elabora una nueva hipótesis y se trabaja en ella; y es así como de hipótesis en hipótesis se mueve la ciencia ascendiendo por los peldaños de una escalera que no tiene fin, siempre hacia arriba en busca de la luz.

Pedimos, pues, de ustedes, la honestidad, la laboriosidad, el ingenio, la sabiduría y la modestia del verdadero hombre de ciencia.

Al lado de la verdad científica postulamos como algo absolutamente inseparable, la adopción de una postura moral en el ejercicio del arte. Bien conocidos son los valores éticos que rigen la práctica de la medicina, no insistiré en ello. Si en el terreno de la Ciencia las hipótesis de trabajo se cambian a menudo, en el terreno de los valores morales no sucede lo mismo, aquí prácticamente son inmutables; la Ciencia progresa por una paciente obra de adición ininterrumpida en que cada generación hace su aporte, véase si no, la enorme diferencia que separa el pensamiento científico de los griegos de nuestros días; en cambio, en el terreno de los valores morales, el decálogo de Hipócrates tiene absoluta vigencia; los cambios, si los ha habido, han sido mínimos, muy poco se ha sumado con el transcurso de los siglos.

Reconocemos la obligación moral para con nuestros enfermos, de estudiar siempre y de someter a la crítica de los demás las doctrinas que sustenta nuestra conducta científica frente al enfermo, pero no creemos que esto sea nuevo, es tan viejo como la doctrina misma; lo que sucede es que ahora sentimos esa necesidad con mayor apremio; la especialización, signo de nuestra época, responde en buena medida a este imperativo.

Conviene también distinguir claramente que se trata de dos cosas distintas, una es ser buen médico, otra diferente es ejercer la medicina con moralidad; se puede ser buen médico y no tener moral, como también se pueden tener conocimientos restringidos para aplicarlos con moralidad en ayuda del enfermo. Por lo demás, nadie puede actualmente preciarse de ser bueno en todas las ramas de la medicina y mejor que ello es postular que moralmente sólo estamos autorizados a tratar aquellos enfermos en que podemos hacerlo con conocimientos adecuados al estado actual de la ciencia, refiriendo aquellos pacientes que no se encuentran en este

caso con colegas mejor preparados, todo ello a juicio de nosotros mismos y cuidando de que al hacer la referencia de que se trata no se busque ningún beneficio, ni económico, ni de ningún otro orden para nosotros, excepto el científico. Solamente estaremos autorizados para tratar enfermos que pertenezcan a campos en que nos reconozcamos insuficientemente preparados, cuando la referencia a otros mejor capacitados sea imposible.

Debemos aceptar como una verdad que nuestros esfuerzos científicos y nuestra postura moral no son actitudes aisladas e inmóviles que desdeñan todo lo que sucede a nuestro alrededor en un ambiente social fluido, en movimiento y cambiante.

Todos nuestros afanes tienen dedicatoria, dedicatoria al conglomerado social que nos rodea, y del cual, queramos o no, formamos parte. Esto quiere decir que no podemos permanecer indiferentes o ajenos a los profundos cambios sociales que se operan en el ambiente, que debemos favorecer y no oponernos a la corriente histórica del pensamiento de nuestra época y tomar nuestro puesto. Mejor que con palabras, con hechos demostraremos nuestra falta de egoísmo y el deseo de servir a los demás y dentro de ellos preferentemente a los más necesitados.

Es también una verdad, que en cierto modo, nuestra Academia constituye una élite intelectual y profesional; a este respecto conviene recordar que esto es también relativo y que para estar realmente a la altura que debemos, no podemos desdeñar otros muchos aspectos de la cultura de nuestro tiempo; que debemos darnos lugar para conocer algo más que medicina, y que cuando sea necesario hacer oír nuestra voz debemos hacerlo con modestia, con prudencia y procurando nunca herir la susceptibilidad de aquellos que consideramos situados más abajo de nosotros, recordando que esto no pasa de ser una apreciación personal que puede resultar también equivocada.

Por último, hay algo más dentro del espíritu académico que deseo recalcar de manera especial: nuestra persecución de la verdad no es simplemente una actitud platónica, como no la es la de toda la medicina, sino que tiene un sentido práctico bien claro; luchamos contra las enfermedades y la muerte, es decir, tratamos de hacer el bien a nuestros semejantes.

Nuestras actitudes como académicos deben estar impregnadas de este espíritu: el de hacer el bien.

Aquello que no lleve esta intención es contrario al espíritu de este Colegio.

Si sus actos futuros como médicos y como miembros de la Academia Nacional de Medicina, que hoy los recibe con gusto, se ajustan a una postura rigurosamente científica, reciamente moral, dedicados a una sociedad que se afana desesperadamente por mejorar, y están animados de una solicitud profundamente humana y preñada de verdadera humildad, el afecto y el reconocimiento de todos será su mejor recompensa. Seguros estamos de que así será.

**Discurso de bienvenida del Dr. Miguel Jiménez, Vicepresidente
de la Academia Nacional de Medicina, a los académicos
de nuevo ingreso en la sesión solemne del 3 de junio de 1964**

LA AUSENCIA del Dr. Demetrio Sodi Pallares, presidente de la Academia Nacional de Medicina, me permite el alto honor de hablar en esta Sesión Solemne para saludar y dar la bienvenida a ocho distinguidos médicos que ahora ingresan como miembros de esta venerable, centenaria y siempre joven corporación, que a partir de esta fecha se enriquece con el ingreso de estos valiosos elementos que han dedicado su vida profesional y sus actividades a la docencia, asistencia e investigación y han contribuido, cada quien en su esfera de acción, a mejorar el conocimiento de nuestros problemas médicos y biológicos.

Ingresan los doctores Carlos Guzmán Flores a la Sección de Biofísica, Roberto Vargas Echeverría a la de Farmacología, Honorato Villa a la de Estomatología, Lázaro Benavides a la de Enfermedades Tropicales, Félix Córdoba a la de Inmunología y Alergología, José García Reyes a la de Medicina Interna, Raúl Cicero a la de Neumología, y Agustín Caso a la de Psiquiatría. Como dato de interés histórico les corresponden los números del 428 al 435 en la lista de Socios Numerarios, por orden cronológico, desde la fundación de nuestra Academia, hace 100 años.

Creo que es motivo de especial satisfacción ingresar a la misma durante el año conmemorativo de su primer centenario, que es la demostración más palpable que este cuerpo colegiado, siempre en constante evolución, abra sus puertas para el mejor intercambio de conocimientos y para escuchar a los diversos especialistas que, debido a sus méritos indiscutibles, vendrán a convivir con nosotros y a cambiar opiniones, fijar conceptos y discutir todos los variados fenómenos de la existencia humana.

En efecto, aún no se apaga el eco del Congreso del Centenario que puso de relieve las cimas alcanzadas por la Medicina Mexicana y la categoría científica que se concede en el extranjero a esta noble Academia.

Todos ustedes son testigos de que Academias, Universidades, Escuelas de Medicina y Sociedades Científicas de diversas partes del mundo, de indiscutibles méritos en la lucha contra el dolor humano, se hicieron representar en este Congreso por

hombres sabios y prudentes cuyos desvelos y afanes han ido marcando puntos luminosos en la fatigosa cuesta que lentamente conduce a la Humanidad hacia el bienestar que, como ya se ha dicho, no solamente es la ausencia del sufrimiento físico, sino también la elevación moral y la tranquilidad espiritual.

Estas cariñosas demostraciones a la Academia Nacional de Medicina se complementan con numerosas cartas que han sido enviadas desde los más apartados rincones de la tierra, para felicitarla por lo que ha hecho a través de su fecunda existencia de 100 años y para alentarla a seguir por ese camino que le fue trazado por esas egregias personalidades que le dieron vida, 48 de las cuales, habiendo ocupado la presidencia de la misma, ahora contemplan en efígie esta excepcional recepción.

Citar solamente algunos nombres de quienes nos honraron con su presencia durante los trabajos del Congreso, o de quienes nos emocionaron y llenaron de alegría con sus mensajes afectuosos, sería imperdonable y por eso, ante la imposibilidad de mencionar a todos y a cada uno de ellos, me abstengo de hacerlo y solamente expreso la gratitud que nos embarga por sus distinguidas expresiones.

Pero este sentimiento de gratitud está mezclado con el reconocimiento a los nobles esfuerzos hechos por quienes a través del tiempo y desde los sitios de esta Academia, contribuyeron y contribuyen a los avances de nuestras ciencias médicas. Está absolutamente fuera de discusión que la historia de la Academia Nacional de Medicina está íntimamente ligada a los avances de la salud de nuestra Patria; este hecho pone de manifiesto que la Institución no ha sido un círculo cerrado o una torre de marfil en donde sus miembros se han reunido para discutir sobre algunos problemas médicos. No. Quienes fundaron esta noble institución vivían atentos a los dolores y afecciones de nuestro pueblo y discutían, sí, la manera de aliviarlos. Esta tradición siguió con el transcurso del tiempo y estamos empeñados en continuarla.

A todo esto y a mucho más que podría decir se debe el que pertenecer a la Academia Nacional de Medicina sea un reconocimiento y un compromiso.

*

**

Señores Académicos de nuevo ingreso:

Habéis sido aceptados en nuestra corporación después de un cuidadoso y rígido análisis de vuestra limpia trayectoria profesional y meritoria calidad científica; ingresáis a la Sociedad Médica más antigua de nuestro país y esto constituye, vuelvo a repetir, un reconocimiento a vuestros méritos científicos y morales, ya que un médico, probablemente más que cualquier otro hombre, está obligado a una estricta disciplina moral, ya que en sus manos, sin eufemismos, está la vida de sus pacientes. Su conciencia moral debe impulsarlo constantemente sin fatigas a supe-

rarse científicamente. Desentenderse de los progresos de las ciencias médicas es colocarse en una situación de no poder ayudar debidamente a quienes acuden a él y esto debe considerarse como una falta imperdonable. Además el trato comprensivo y afectuoso debe atemperar la exigencia estricta para que el paciente siga los consejos y el tratamiento prescritos.

Por otra parte, esta singular distinción es al mismo tiempo un compromiso, ya que dicho nombramiento trae consigo una gran responsabilidad que seguramente aceptaréis con gusto, la de ser hombres de ciencia, íntegros en el trabajo y en la acción y que vuestras contribuciones científicas aumenten el prestigio de la Medicina Mexicana y que todos y cada uno ostente con orgullo el honroso título de Miembro de la Academia Nacional de Medicina.

Seguramente en estos momentos debéis sentir la emoción de poder ser los continuadores de la obra realizada por vuestros maestros y por quienes han ocupado anteriormente estos sitios. Sé que cada uno de vosotros tiene templada voluntad para cumplir con los reglamentos de la Institución y seguir estudiando e investigando para que las luces encontradas puedan iluminar otras mentes y todos así podamos seguir luchando por la salud de todos los mexicanos.

Dichosos vosotros que ya en vuestra juventud significais una realidad en el progreso médico de México, y disponéis de muchos años para consolidar la esperanza que todos los viejos académicos tenemos cifrada en vosotros.

Señores médicos: ¡Ahora sois Académicos. Sed bien venidos!

**Palabras pronunciadas por el Dr. Lázaro Benavides, en la sesión
solemne del 3 de junio de 1964, con motivo de su ingreso a la
Academia Nacional de Medicina**

FRANCAMENTE ESTA NOCHE me abruma el honor de ingresar a la Academia Nacional de Medicina y además me preocupa mi incapacidad para expresar con elegancia el pensamiento de un selecto número de hombres de ciencia, aceptados, como yo en la misma agrupación; estoy aludiendo a los doctores: Agustín Caso Muñoz, Raúl Cicero Sabido, Félix Córdoba Alva, José A. García Reyes, Carlos Guzmán Flores, Roberto Vargas Echeverría y Honorato Villa y Acosta. No quiero referirme a las virtudes de cada uno de ellos, ni a sus méritos, temeroso, lo confieso, de caer en una supuesta posición de egoísta vanidad y autohalago personal; básteme tan sólo señalar, a su nombre, mi confianza en que cada uno se siente también abrumado, pero justamente satisfecho de esta nueva meta alcanzada en su vida profesional. El deseo de llegar hasta la más antigua, y, por lo mismo, la más respetable de nuestras organizaciones científicas, es una aspiración razonable de todo médico mexicano, y alcanzar el honor de pertenecer a ella, un galardón inobjetable.

Es curioso analizar el momento que estamos viviendo; es curioso y, al mismo tiempo, edificante si ello nos lleva a vislumbrar el respeto y el estímulo que irradia un organismo señero como este que nos alberga. Hace apenas unos cuantos días el vigoroso núcleo que constituye el elemento humano de la Academia Nacional de Medicina organizó un ejemplar nudo de sucesos científicos y sociales para conmemorar cien años ininterrumpidos de labores. México entero contempló complacido el acontecimiento y saboreó en el éxito del congreso celebrado, la culminación de una larga cadena de vicisitudes y un gran cúmulo de energía productiva que da naturalmente un siglo de vida nacida al calor del ideal y la meta definida.

Tras de esa brillante celebración la Academia volvió a tomar su paso mesurado y firme; las sesiones semanares restablecieron su ritmo; los directivos, comités y miembros encauzaron sus actividades, acordes con el rango y la categoría que a tan honorable agrupación obligan; y hoy ese mismo núcleo vigoroso se reúne para cumplir otra fase más dentro de las múltiples que ostenta nuestra Academia. Y digo nuestra Academia, sacudido mi espíritu por una confusión de temor, de hu-

mildad y de orgullo; temor por la osadía de querer compartir el mérito desde el primer minuto de ser y estar entre los ya establecidos; humildad al enfrentarme de pronto con una enorme posesión de sabiduría médica; y orgullo —¿por qué no expresarlo?— de integrarme a un cuerpo de noble jerarquía humana.

En el breve lapso de un mes, en efecto, se ha observado la transición sencilla y serena que sólo madurez puede ofrecer, de una reunión fastuosa a una ceremonia ritual de recepción de nuevos socios. Trátase de darnos la bienvenida a médicos de diferentes especialidades, que venimos a ocupar puestos de membrecía hasta ahora disponibles, aprovechando un momento al parecer intrascendente en la evolución de la Academia, pero que, sin embargo, constituye para nosotros un acto de gran solemnidad y significación. Y lo fundamental, lo básico es que ambas ceremonias están impregnadas con el mismo grado de fervor y entrega; la de ayer con ciencia y sabiduría, la de hoy con amistad y afecto; y eso, fundamental en la actitud de la Academia es para nosotros un compromiso sin escape, porque también se nos recibe con fe y con esperanza. En un momento así, la amistad y el afecto, la fe y la esperanza se conjugan en los hombres y en el conjunto organizado la madurez y la ciencia, la pasión y la sabiduría. Por eso encontramos curioso y por eso encontramos edificante el momento que estamos viviendo ahora; es un instante que concentra la esencia medular de la Academia y explica la razón de aspirar por nuestra parte a un puesto en el seno de este cuerpo.

Bien sabemos que desde su nacimiento la Academia ha sostenido el principio de libertad y respeto para la expresión de las ideas propias y discusión de las ajenas. En ella no caben ni la mordaza ni la consigna, ni la inconsciencia ni la mentira; y no las tolera, mucho menos que nadie, en uno mismo. La Academia existe para fomentar inquietudes y estimular la imaginación, para favorecer el intercambio de ideas y los canales de información y, desde luego, para acelerar el progreso de la investigación y el trabajo médicos y biológicos. De aquí la necesidad de la libre expresión, del respeto mutuo y la perpetua tendencia del organismo-grupo a incrementar su membrecía, que a su vez mantenga vivas las corrientes señaladas e impida el anquilosamiento.

Sin considerar perfecta la organización de la Academia —una imperfección desde luego que debe ser motivo de alegría para todos por ser la base de un continuo movimiento— hemos de aceptar que su división en múltiples secciones favorece, ante el grupo, la profundidad en el conocimiento de las ramas de la medicina, y ante el individuo, la cultura médica general alrededor de su personal especialización. El estudio del enfermo en el hospital y de la comunidad en los grandes centros nacionales; el ensayo del experimento en el laboratorio y el análisis de los datos estadísticos en los organismos de salud pública, realizados en forma aislada y sin vehículo de difusión, pierden su sentido más valioso si no se integran a través de la discusión y la crítica en un todo armonioso a disposición del médico y más tarde del servicio público. Los procesos infecciosos,

por ejemplo, han sufrido una larga serie de estudios con numerosos enfoques, que han mantenido vivo el interés en ellos y activa la lucha para atenuar su embestida contra la humanidad. Se dominan unos y aparecen otros; del concepto etiológico se pasa al concepto ecológico. El proceso ya no se acepta sólo por la fórmula clásica que lo explica como el equilibrio entre la virulencia del agente causal, la susceptibilidad del huésped y la respuesta inmunológica; ahora vamos más lejos y comprendemos mejor el fenómeno: la génesis, el curso y el desarrollo de la enfermedad no se entienden si no se consideran además del agente y el huésped, las condiciones precisas del medio ambiente que los hicieron entrar en contacto. Un simple padecimiento infeccioso, cualquiera que desee elegirse como ejemplo, pone en juego la armazón completa de la Academia: al clínico y al inmunólogo, al microbiólogo y al sanitarista, al farmacólogo y al psiquiatra, al historiador y al sociólogo. Y provocando el choque de las ideas, en serena discusión o en pasión desbordante, la Academia cumple una de sus misiones y hace brotar la luz, muestra nuevos caminos y amplía la verdad científica.

Y por lo que toca al hombre-individuo, cabe decir que a medida que avanza en la vida, se le va mostrando la verdad con sus múltiples facetas, que él capta de acuerdo con el grado de evolución que va adquiriendo. Pero el hombre tiene su medida y esa medida su límite en el tiempo ilimitado. ¡Cómo importa, entonces, que logre comprender cuántos peldaños puede ascender, y luche por ascenderlos! En nuestra profesión médica, no podemos escaparnos a la misma consideración; cursamos la carrera, recibimos el diploma, continuamos estudiando y progresivamente vamos intentando absorber los adelantos que nos entreguen los maestros, los investigadores y los guías en todas las ramas. En lo individual aprovechamos al enfermo, el libro, el laboratorio, el intercambio de ideas y los congresos, pero es la Academia quien nos ofrece el resumen concentrado del pensamiento y la acción de los hombres ya maduros o de vanguardia; quien nos ofrece una tribuna para exponer y criticar, para aprender y enseñar; quien nos tiende la mano y nos empuja al progreso, no por el camino del afán egoísta sino por el de la entrega mejor. De no ser así, de no darle al individuo el ambiente favorable a su búsqueda constante de alcanzar el máximo desarrollo en el terreno de la ciencia médica, entonces no sería la nuestra una academia y nosotros no aspiraríamos a estar en ella.

Así es como entiendo la existencia y la grandeza de la Academia en un lado, y en el otro el deseo a integrarse en ella del ser individual, en un flujo y reflujo, en un constante devenir de ideas y esfuerzos, de pensamiento y acción: la lucha por consolidarse de parte del grupo; la inquietud por superarse de parte del hombre.

Señores académicos:

No es elocuencia lo que he pedido esta noche a los hados para representar dignamente a mis compañeros de ingreso y agradecer de verdad el exquisito honor de nuestra reciente membrecía; les he pedido integridad en mis pensamientos y sinceridad en mi exposición. El hombre no debe comunicarse al hombre con la palabra hueca ni con el compromiso falso; se comunica con la idea noble, con el deseo sano y con el acto honesto. Y precisamente la Academia Nacional de Medicina es el recinto austero, por su antigüedad y su alcurnia, donde el médico mexicano se hace oír con libertad y respeto, y deja escuchar su voz por la pureza que lleva.

ACTAS DE SESIONES

Acta de la sesión ordinaria del 13 de mayo de 1964

Bajo la presidencia del Dr. Demetrio Sodi Pallares, Presidente de la Academia, y a las 20 horas, dio principio la sesión ordinaria de la Corporación, correspondiente al día 13 de mayo de 1964, con la lectura del acta de la sesión anterior, y en seguida se pasó a la presentación de trabajos, tocando en esta ocasión su turno a la Sección de Farmacología.

El Dr. Efraín Pardo Codina, en colaboración con los Dres. Roberto Vargas y Rafael Carrillo, se refirió al tema: "Influencia de los medicamentos antihipertensivos sobre los reflejos vasculares de postura en el perro".

El Dr. Gordillo felicitó al Dr. Pardo, diciendo además que no siempre existe una correlación exacta entre lo que sucede en el hombre y en los animales. Los cambios observados con estas drogas en el perro no siempre se observan en el hombre, y cree además que dentro de las drogas a que se refiere el Dr. Pardo no se usaron las que tienen más efectos en la hipotensión ortostática.

El Dr. Sodi felicitó a los autores por la metodología empleada. Le interesa mucho la posibilidad de que esta hipotensión ortostática se deba a un secuestro de sangre en el lecho capilar. Esto coincide con la observación clínica de enfermos a los que les baja mucho la presión durante el ortatismo, algunos desde 140 a 60. El tiene una enferma en esas condiciones, en que además se presenta un síndrome de Woll-Parkinson-White. Esta enferma sólo puede ser mejorada con medias elásticas y haciendo presión sobre el abdomen. Esto indica que hay un remanente de sangre que no regresa bien al corazón.

El Dr. Pardo agradeció los comentarios y dijo que, de hecho el perro o cualquier animal es un pobre ejemplo en relación con el hombre. Los cambios que llevaron a la especie humana al ortostatismo crearon circuitos reflejos que desde luego no existen en el perro.

Con respecto a lo dicho por el Dr. Sodi, la hipotensión ortostática efectivamente puede dar una mayor información sobre lo que sucede con el uso de estas drogas.

El Dr. Juan José Paullada leyó a continuación su trabajo: "Resultados del

tratamiento del hipertiroidismo con yodo radioactivo". El comentario oficial fue hecho por el Dr. Jorge Maisterrena.

El Dr. Zalce, a quien le pareció excelente el trabajo, dijo que dosis de 12000 ratz sobre el tiroides le parecen muy altas. No cree que haya transcurrido aún tiempo suficiente desde que se empezó a experimentar este tratamiento para establecer los resultados, y sólo se atreve a recomendar precaución, pues a la O.M.S. están llegando reportes de personas con neoplasias malignas en tiroides después de haber sido tratadas con yodo radioactivo. El último comentario es sobre el valor relativo de este procedimiento comparado con la cirugía. En la actualidad en manos expertas es difícil de herir los recurrentes y la cicatriz es poco visible.

El Dr. Hernández de la Portilla, pregunta si en los casos revisados de la literatura no se encontraron informes de enfermos tratados con yodo radioactivo que después desarrollaran leucemia.

El Dr. Sodi felicita a los autores y manifiesta que en algunos casos de él, se ha usado yodo radioactivo con resultados poco satisfactorios. Desalentadores en un caso de angina de pecho, inciertos en un caso de insuficiencia cardíaca refractaria y un poco mejores en una arritmia rebelde.

El Dr. Paullada, agradeciendo el comentario del Dr. Maisterrena, dijo que en lo personal no sabe si existe un lapso en el cual se pueda decir si un enfermo ya va a quedar definitivamente eutiroides o después, todavía, va a hacer hipotiroidismo. Ellos escogieron precisamente casos de bocio difuso. Con respecto a lo dicho por el Dr. Zalce, manifiesta que él no es técnico de radioisótopos y el Dr. Mass, colaborador del trabajo, no está presente para que pudiera contestar su pregunta. En cuanto a las posibilidades de que haya cánceres, está la estadística de Star, quien controló a sus enfermos durante 10 años y no encontró ningún caso de neoplasia. Con respecto a lo dicho por el Dr. Hernández de la Portilla, hay un caso reportado en el J.A.M.A. en 1962 y al parecer es una coincidencia. En cuanto a lo dicho por el Dr. Sodi, él no tiene ninguna experiencia.

En asuntos generales se informó a la asamblea de los nombres de los candidatos aceptados para nuevos académicos que ocuparán los sillones vacantes, y a petición del Dr. Sodi se tributó a los agraciados un aplauso.

La sesión se levantó a las 21 horas 15 minutos, a la cual asistieron los académicos: Alcocer Cuarón, Alvarez Bravo, Bassols, Bustamante, Castro, Costero, Frenk, González Ochoa, Gordillo, Hernández de la Portilla, Jiménez, López Clares, López Engelking, Maisterrena, Martínez Cortés, Millán Jorge, Muñoz Kapellman, Nieto Roaro, Núñez Andrade, Palacios Bermúdez, Pardo Codina, Paullada, Quevedo Mendizábal, Quijano Narezo, Rivera, Robles Gil, Ruiloba, Benítez, Salas, Sánchez Meda, Sodi Pallares, Tapia Acuña, Vasconcelos, Zalce y Zamudio Villanueva.

Acta de la sesión ordinaria del día 20 de mayo de 1964

Bajo la presidencia del Dr. Miguel Jiménez, Vicepresidente de la Academia, y a las 20 horas en punto, dio principio la sesión ordinaria correspondiente al día 20 de mayo de 1964, en el Salón de Actos de la Corporación.

Se dió lectura al acta de la sesión anterior, que fue aprobada sin modificaciones y en seguida el Dr. Núñez Andrade, leyó su trabajo titulado "Contribución personal a la Dermatología mundial".

No hubo comentarios y a continuación el Dr. Isaac Costero leyó su trabajo "Planeación de un Departamento tipo de Anatomía Patológica".

El Dr. Oswaldo Arias preguntó al Dr. Costero si sabía el costo aproximado de un instituto como el planeado y el personal que se necesita para manejarlo.

El Dr. Zamarripa felicitó al Dr. Costero por su presentación y le preguntó su opinión sobre algo que le ha tocado vivir y decidir: La necesidad de un pequeño laboratorio anexo a las salas de operaciones para biopsias transoperatorias.

El Dr. Robles Gil preguntó si en ese instituto se planearon habitaciones para el personal, pues mucho del mismo tiene que ser de tiempo completo.

El Dr. Jiménez felicitó al Dr. Costero e hizo hincapié en la importancia que representan los servicios de anatomía patológica en los hospitales modernos.

El Dr. Costero, al contestar, dijo con respecto a lo dicho por el Dr. Arias, que depende del tamaño que se desee y de las aplicaciones que vaya a tener: capacidad de enseñanza, etc., pero el presentado aquí tiene un costo aproximado de 12 millones de pesos. Lo más caro es el mantenimiento, pues se necesitan aproximadamente 60 médicos. Con respecto a lo dicho por el Dr. Zamarripa, dijo que la existencia de un instituto de este tipo no evita la necesidad de tener otros pequeños laboratorios en diferentes servicios; y al Dr. Robles Gil le dijo que las habitaciones del personal es un gran problema en todos los sitios en donde hay trabajadores de tiempo completo; que él cree que sus habitaciones deben estar cercanas, pero no formando parte del mismo instituto. Agradeció, asimismo, el comentario del Dr. Jiménez.

La sesión se levantó a las 20 horas 55 minutos y a ella asistieron los académicos: Alvarez Bravo, Arias, Arreguín, Barroso Moguel, Bassols, Benavides Patricio, Castro, Costero Tudanca, Izquierdo, Jiménez, López Clares, López Engelking, Llamas, Nieto Roaro, Núñez Andrade, Ortega, Ramos Alvarez, Robles Gil, Salas Martínez, Sánchez Bulnes, Sánchez Yllades, Schnaas, Solís Manjarrez, Sordo Noriega, Sosa Martínez, Soto Allande, Tapia Acuña, Velasco Suárez Zamarripa y Zamudio Villanueva.

Acta de la sesión ordinaria del día 27 de mayo de 1964

Bajo la presidencia del Dr. Miguel Jiménez, Vicepresidente de la Corporación, dio principio a las 20 horas la sesión ordinaria de la Academia, correspondiente al 27 de mayo de 1964.

Se dio lectura al acta de la sesión anterior, que fue aprobada sin modificaciones, así como a la correspondencia recibida que comprendió: una invitación para la ceremonia de inauguración de las nuevas obras del Hospital General; la Academia designó a los miembros de la Mesa Directiva para que, con los Dres. Gerardo Varela, Ramos Alvarez, Sordo Noriega y Castro, la representen en el acto citado, y una nota de la Asociación Mexicana de Acción Contra la Lepra, en la que comunica su nueva Directiva.

A continuación se inició la lectura de los trabajos del primer Symposium sobre "Cambios de panorama como consecuencia de las adquisiciones recientes en las diferentes especialidades médicas", actuando como coordinador el Dr. Luis Gutiérrez Villegas; el Dr. Alejandro Celis disertó sobre "Neumología"; el Dr. Villarreal sobre "Nefrología"; el Dr. Frenk sobre "Nutriología"; el Dr. Soto Allande sobre "Pediatria"; el Dr. Escobar Izquierdo sobre "Neurología", y el Dr. De la Fuente Muñiz sobre "Psiquiatria". Finalmente el mismo Dr. Gutiérrez Villegas agradeció a todos los ponentes el interés con que desarrollaron sus trabajos, que hicieron realizable este magnífico symposium.

La sesión se levantó a las 21 horas 35 minutos y a ella asistieron los académicos: Alvarez Bravo, Barroso, Bassols, Benavides Pátricio, Buentello, Bustamante, Castro, Celis, Cueva, Escobar Izquierdo, Farill Luis, Fernández del Castillo, Fonte, Frenk, De la Fuente Muñiz, Gutiérrez Villegas, Jiménez, López Clares, López Engelking, Maisterrena, Martínez Cortés, Méndez Hernández, Muñoz Turnbull, Nieto Roaro, Núñez Andrade, Olarte, Pacheco, Palacios Bermúdez, Pliego Díaz, Rébora, Rivera, Robles Gil, Ruiloba, Sánchez Yllades, Schnaas, Soberón, Solís Manjarrez, Soto Allande, Tapia Acuña, Villarreal, Zalce y Zamudio Villanueva.